

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 53.—BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1915



Cañón de montaña que usan los alpinos franceses

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Delcassée.—II. El nuevo gabinete británico.—III. La intervención de Italia, y sus aliados

I.—Delcassée

Apenas suena el nombre de este famoso ministro francés, obscurecido en la apariencia por su colega británico, Grey. Célebre en otro tiempo, ni la guerra ha sido bastante para devolverle la popularidad de que gozó en épocas pasadas. En la sombra, en segundo término, callado y circunspecto, Delcassée se goza ahora en la obra que preparó con tanta paciencia y habilidad. En él está la fuerza actual de Francia, y él es más temible para Alemania que un ejército de un millón de hombres.

Al contrario del exaltado Derouléde y de su grupo de partidarios, que pretendían aplastar a Alemania inflamando el espíritu francés y predicándole la reincorporación de la Alsacia y la Lorena, Delcassée se dedicó a concitar contra el Imperio del E. la malevolencia de todos los países del mundo. Derouléde y sus nacionalistas, lo esperaban todo del esfuerzo francés, del patriotismo de Francia; Delcassée, confiaba más en la acción colectiva del mundo, alzado contra Alemania.

Obra suya predilecta fué la alianza con Rusia;

todavía mayor ardor desplegó por borrar los seculares antagonismos entre la Gran Bretaña y Francia, substituyéndolos por aquella *entente* que parecía imposible, precursora de la amistad actual. A la vez, minó en Italia el terreno a su rival; logró, aunque momentáneamente, influir en Turquía, y sus manejos se extendieron por el Mediterráneo y llegaron al otro lado del Atlántico. Tanto laboró, que por fin el Kaiser, pese a la somnolencia de la diplomacia alemana, puso aquel gesto airado y pronunció aquella intimación que motivaron la expulsión, más que la salida, de Delcassée del ministerio. Pero la obra tenía ya sus cimientos contruídos, había formado escuela el sagaz político, y la orientación internacional estaba fijada: Alemania iba a verse encerrada más o menos pronto por un círculo de hierro. Por si algo faltaba, en la conferencia de Algeciras se consiguió aislar a los representantes de Berlín, poniéndolos frente a la opinión, casi unánime, de los demás plenipotenciarios.

Esta es la obra de Delcassée; obra que engendrará la victoria espléndida de Francia o será su total ruina. Pase lo que pase y cualquiera que sea el sesgo

que tome la guerra, una cosa puede asegurarse: mientras Delcassée influya en los destinos públicos de su país, Francia continuará la guerra sin desmayo, cualesquiera que sean los sacrificios a que se la obligue.

II.—El nuevo gabinete británico

El nuevo gabinete británico merece el calificativo de Gobierno nacional. Figuran en él doce liberales, ocho unionistas y un miembro del partido laborista, además de lord Kitchener, que no tiene filiación política. Continúan en sus puestos las personalidades más significadas del Gobierno anterior: el presidente, Asquith; el ministro de Negocios extranjeros, Grey; y el hacendista Lloyd George. La entrada del unionista lord Lansdowne, indicado para la cartera del exterior, significa la distribución entre este personaje y sir Grey, de la dirección de los asuntos extranjeros.

Cuando los negocios públicos van mal no hay país, siquiera se llame Inglaterra, que reprima su descontento. Los repetidos fracasos en los Dardanelos, la inactividad en Francia, las continuas huelgas, las exigencias de los mineros y de los obreros de las fábricas de armas y municiones y la quiebra del alistamiento voluntario, despertaron la hostilidad del partido conservador, que acusó al Gobierno de no elevarse a la altura de las circunstancias. Pudo ocurrir una crisis política, pero los unionistas no quisieron asumir la responsabilidad de hechos anteriores, ni era prudente perturbar, aunque fuera temporalmente, la marcha de los asuntos públicos, tan comprometidos; se adoptó el mejor partido: los responsables de las determinaciones de agosto siguieron en sus cargos, pero sus adversarios políticos les prestarían su cooperación y extenderían a toda la representación del país la carga de las resoluciones que en lo sucesivo se adoptaran.

Estas resoluciones han de orientarse en uno de estos dos sentidos: en la prosecución de la guerra a todo trance o en la preparación lenta de la paz.

No hay que forjarse ilusiones; han predominado los temperamentos de energía. La prensa conservadora ha abierto una campaña en favor del servicio militar obligatorio, que fué precedida por la confesión de no haber dado el voluntariado el resultado que de él se esperaba. El país no está bien dispuesto para una medida tan radical y tan contraria a las costumbres británicas, pero, aunque lo estuviera, antes que la implantación del servicio fuera un hecho y sus consecuencias se tocaran en el campo de batalla, la presente guerra, por mucho que dure, habrá terminado. ¿Qué se propone, pues, la prensa inglesa al pedir una reforma que ha de conmover profundamente al país y que es tardía y eficaz para resolver la situación actual? ¿Piensa ya en una guerra futura y se propone salir del actual palenque lo antes posible y con poco quebranto? Esperemos que los actos del nuevo gabinete nos den a conocer su orientación.

III.—La intervención de Italia, y sus aliados

Hicimos notar en la crónica anterior el poco entusiasmo que despertó en Francia la actitud de Ita-

lia. En Inglaterra no se ha atribuído a esa intervención una importancia extraordinaria, y se la considera más como un episodio de la guerra que como un hecho trascendental. En Rusia, la impresión ha sido todavía menor, y el recelo y la desconfianza que brotaron a raíz del primer ataque a los Dardanelos, se afirman. El amor propio italiano no estará muy satisfecho de ese desvío de sus aliados.

Largos meses dedicó la prensa aliada a ponderar las ventajas que Italia reportaría de la guerra contra Austria, y se dijo a diario que el ejército italiano sería un factor decisivo que acabaría enseguida la guerra, de modo que Italia expondría muy poco en ella y sus quebrantos serían mínimos. Pero he aquí que el Gobierno de Roma se pone al lado de los aliados, y éstos dedican a un hecho que tanto desearon y exageraron, una atención casi de mera cortesía, y advierten a sus pueblos que la guerra será aún muy larga y que los austro-alemanes distan mucho de hallarse agotados.

Esta confesión no era necesaria para los que siguen con imparcialidad la marcha de las operaciones en los diferentes teatros, y no miden la importancia de los hechos por las dimensiones de los partes en que los respectivos Gobiernos los dan a conocer, sino solamente por las posiciones que ocupan y van ocupando los ejércitos. Sin embargo, si ha trascendido al pueblo, ha debido impresionarle, porque pugna con los ditirambos que a diario se prodigan a las tropas aliadas, con el menosprecio a las alemanas y con las victorias que indefectiblemente se apuntan las primeras cada veinticuatro horas.

Habiendo entrado Italia en la guerra después de una espera de nueve meses y medio y siendo muchísimas las personas que estaban convencidas del mantenimiento de la neutralidad, la fuerza de los hechos creó en Italia una corriente de opinión, refugiada ahora en lo íntimo de las conciencias, poco favorable a sus flamantes amigos. Los corresponsales de guerra en los ejércitos alemanes del E. y del O. se hacían lenguas de los generales y tropas de los imperios que a la sazón eran sus aliados, y llegaron a impresionar a muchos compatriotas con la afirmación frecuente de que Alemania era invencible. Al mismo tiempo, la crítica militar italiana no desconoció el mérito de las operaciones alemanas y más de una vez hizo blanco de sus censuras a los generales rusos, franceses y británicos. Esas pequeñas molestias y arañazos fueron soportados en silencio por los aliados, que necesitaban a Italia, pero ahora ya no hay motivo para mantener la humildad; se recuerda que no todos los italianos hablaban bien de las tres potencias.

No han de transcurrir muchas semanas sin que Italia comprenda que ha sido víctima y juguete de Francia e Inglaterra, por espléndida que haya sido la recompensa prometida. Ahora mismo, estamos presenciando un hecho que no puede merecer el aplauso de las personas desapasionadas.

Se le dijo a Italia que todo el ejército austro-alemán de primera línea estaba empeñado contra Rusia y en Francia, por lo que la acción de las tropas italianas sería llana y fácil. Una vez Italia en el palenque y tranquilos los franco-ingleses por este lado, es menester seguir moviendo a los rusos, aunque se les lleve a la ruina, y desde Londres y París

(1) se les anuncia que grandes masas alemanas han sido quitadas de Galizia y Polonia para llevarlas al Trentino y Carniola, de modo que se impone un nuevo esfuerzo de los moskovitas, que esta vez será el último. Claro es que la noticia no habrá hecho mucha gracia en Italia, porque a nadie gusta que se le asegure que las tropas más aguerridas del enemigo, coronadas por el laurel de la victoria, van a caer sobre las bisoñas del país propio.

¿Caerá Italia, como ha caído Rusia, hasta el fondo de las redes de sus aliados? ¿Se resignará a desempeñar una parte principal, lo mismo que Rusia, mientras los franceses y los ingleses permanecen en sus trincheras meses y meses, esperando de fuera la salvación que ellos no alcanzan? Declarada la guerra, y cuando la muerte deje sentir sus estragos, es de creer que los lirismos de los poetas queden para mejor ocasión y se reserven para los felices tiempos de la paz, y que los gobernantes y el pueblo italiano conservarán el buen sentido y no se dejarán manejar por los engañosos cantos de las sirenas de nuestros días.

F. LARIN.

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

VI.—Turquía

Conjunto de pueblos heterogéneos, atrasados, fanáticos e incultos, el imperio turco basa toda su fuerza en una cualidad negativa y en una ventaja geográfica; el odio al cristiano y su situación inmejorable dominando las comunicaciones del Asia con Europa y Africa. No podrá haber unidad en el antiguo continente, en tanto Turquía sea un valladar que aisla las tres partes del mundo, en lugar de ser el centro de donde irradie en todos sentidos la civilización y la cultura. Algo dice a quien quiere oírlo, que la cuna de la humanidad estuvo en Mesopotamia y en Palestina la del cristianismo.

En Turquía no hay opinión pública, en el sentido europeo o americano; la única que existe latente y se manifiesta con periodicidad, fomentada por los gobernantes, unas veces, y contra el consejo de los mismos, otras, es la de guerrear contra el cristiano, que es el enemigo natural y secular. De esta suerte, toda la política internacional se reduce, para el pueblo turco, a destruir al cristiano, y al ruso en primer término y con preferencia. No se hace distinción entre los demás europeos: alemanes, ingleses y franceses, todos son enemigos. Para que ahora se respete y se obedezca a los alemanes, ha sido necesario que la efigie del Kaiser se tocara con el fez, que los oficiales alemanes vistieran el uniforme turco, y que se predicara que Alemania era defensora de las doctrinas del Islám. Aun así, en el interior del Asia Menor los militares alemanes no pueden apartarse mucho de las autoridades indígenas. En un país de esta naturaleza, minado por las rivalidades y discordias de unas provincias con otras, y agitado por el descontento hacia autoridades despóticas y venales por lo general, es imposible que haya entusiasmo patriótico, unidad de pensamiento y abnegación para soportar con paciencia las amarguras de la guerra. Pero,

en compensación, el turco es guerrero por instinto y por inclinación natural y por costumbre, paciente, sobrio, fatalista y resignado, cualidades que hacen de él un soldado ejemplar y que le infunden un gran desprecio a la muerte; magnífico combatiente personal, cuando lucha en filas compactas se descompone con facilidad si no está muy bien mandado. El pueblo, siempre hostil a los cristianos, ha templado sus iras y está desengañado y abatido, consecuencia de tres siglos de continuas desgracias para la media luna; en el fondo de su alma, empero, late el ardiente deseo de volver a humillar a las naciones de occidente.

Es, en suma, un elemento siempre dispuesto a guerrear contra los cristianos, aunque sin la fe y el entusiasmo de los árabes.

Para los efectos de la guerra, todo el imperio se reduce a Constantinopla y una pequeña parte de Tracia y Anatolia; el resto, más que turco, es simplemente musulmán, con excepción de un gran pedazo de Armenia. Lo que nos interesa estudiar es, por ende, la situación política de la capital, entregada a los manejos y disputas de unas cuantas camarillas y organismos.

El clásico político turco, que reducía su ideal a la pasividad, a la quietud y sólo trataba de ganar tiempo, fué arrinconado por los afiliados al partido «Unión y Progreso», que estimaban necesaria una evolución de aquella sociedad en el sentido de las occidentales. El ejército fué el brazo ejecutor y aun el impulsor de la nueva orientación, inspirada en ideas laudables. Pero el pueblo no estaba preparado para tan radical cambio de régimen, y de la lucha que se siguió entre el estado de cosas establecido y el que se quería implantar, resultó una más acentuada debilitación de todos los organismos del Estado y el comienzo de la ruina del principio de autoridad. No era posible infundir alientos de juventud en un cuerpo caduco, gastado y casi moribundo; la crisis era inevitable.

De ella se aprovecharon los pueblos balkánicos para desmembrar a Turquía y reducir el imperio europeo a una parte de Tracia. Salvóse hace dos años Constantinopla por las rencillas de sus adversarios, y, principalmente, porque las rivalidades y recelos de las grandes potencias los mantuvieron quietos, no atreviéndose ninguno de ellos a provocar el conflicto que todos deseaban.

Los pocos estadistas que se preocupaban del porvenir de su patria y veían con claridad la catástrofe que a pasos agigantados se aproximaba, se daban perfecta cuenta de que el imperio iba a morir a manos de Rusia o de la Gran Bretaña. Alemania, que contenía a la primera y empezaba a proyectar sombra sobre la segunda, era la única esperanza de salvación; Austria-Hungría, por otra parte, por su antagonismo con Serbia y su vecindad con Rumanía, era la llamada a imponerse sobre los pueblos balkánicos; y, en último término, Italia, que no había de consentir la llegada de nadie al Adriático, ni el excesivo engrandecimiento de Grecia, marcaban la órbita de acción más ventajosa para Turquía. No faltó, sin embargo, quien protestó y se alzó contra la entrada de la Puerta en el concierto europeo, fundándose, con razón, en que esa política activa iba a desatar nuevos peligros. Se impusieron los partida-

rios de la aplicación del revulsivo, frente a los que se resignaban con la muerte por consunción y no recetaban más que cordiales, y Turquía abrazó la causa de Alemania.

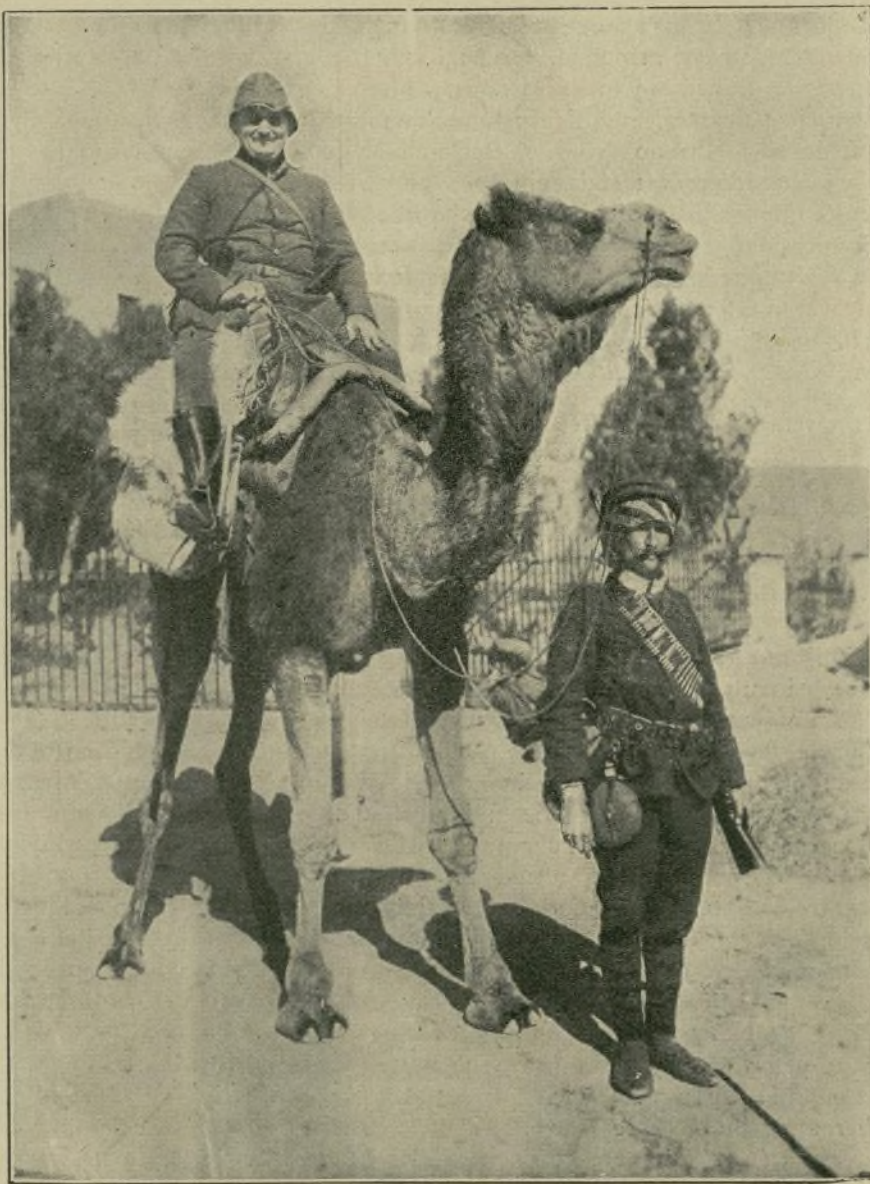
La abstención de Italia fué un golpe rudo, que hizo vacilar a Constantinopla; prevaleció la opinión del joven Enver-Bajá, en cuyas manos está el destino de Turquía, y la guerra fué un hecho. Inglaterra y Francia se resistían a dar crédito a esta noticia; ¿había perdido el juicio el Gobierno otomano? ¿no advertía que espontáneamente se iba a precipitar en el abismo que durante un siglo había procurado esquivar? Cuando los turcos atravesaron la frontera del Cáucaso y atacaron a los rusos, Francia e Inglaterra se tranquilizaron, y la última creyó tener en sus manos la codiciada presa de los Dardanelos. El ataque al canal de Suez convirtió este deseo en necesidad. ¡Todo se concitaba para que Inglaterra llevase a cabo los planes acariciados desde el siglo XVIII, y esta vez con el apoyo entusiasta de Francia y el asentimiento, bien que de mala gana, de Rusia!

Bien pesado todo, la resolución tomada por Turquía es la única que permite abrigar esperanzas de salvación. Si se mantenía alejada del conflicto, perecería fatalmente al filo de la espada del vencedor ruso o británico, y si era Alemania la victoriosa la haría pagar cara su deslealtad; mientras que entrando en la liza cabía desquitarse a expensas de Persia de los territorios arrebatados en Europa, se contribuía a quebrantar a los dos grandes y poderosos enemigos del Islám, y se promovía la armonía y unidad de todo el imperio, lanzándolo a una guerra religiosa; de esta suerte, el día que la media luna fuera expulsada de Europa, el imperio otomano de Asia sería un Estado más compacto y fuerte, dejando de constituir un débil dominio disperso y descoyuntado, donde hacían ya presa los apetitos occidentales. El jefe de los musulmanes tenía que dar señales de su poder y de su fuerza, de lo contrario, hasta los más fanáticos acabarían por volverle las espaldas.

La guerra santa no ha tenido en esta ocasión las consecuencias terribles que se temían; el excepticismo ha llegado a aquellas apartadas regiones, y la

pésadumbre de desdichas inacabables ha batido los espíritus. Pero el sentimiento religioso no se ha extinguido, y ha sido el aglutinante de que se ha servido Alemania para reorganizar, en lo que cabe, las fuerzas del imperio turco y despertar hasta cierto punto el espíritu nacional. Si no contento, el musulmán va resignado a la guerra.

La inutilidad de los esfuerzos rusos en el Cáucaso y las victorias de los Dardanelos, han elevado



Ginete del cuerpo de camelleros británico, en Egipto

la moral de las tropas, han infundido algún aliento en los pueblos de Tracia y del litoral mediterráneo, y han encendido en el Gobierno la confianza en Alemania, a la que se ha entregado la dirección de todos los asuntos internacionales y militares. Al mismo tiempo, la influencia turca sobre Persia y el Afganistán, contenida muchos años por Inglaterra y Rusia, se ejerce libremente y con mayor éxito del que podía esperarse. En una palabra, el imperio turco se prepara a trocarse en un grande imperio asiático y solo aspira a dominar también en la costa europea de los Dardanelos y el Bósforo. Constantinopla es algo consubstancial con la vida del imperio, y no se entregará más que por la fuerza de las armas. ¡Quién sabe si Turquía sueña con tener fronteras comunes

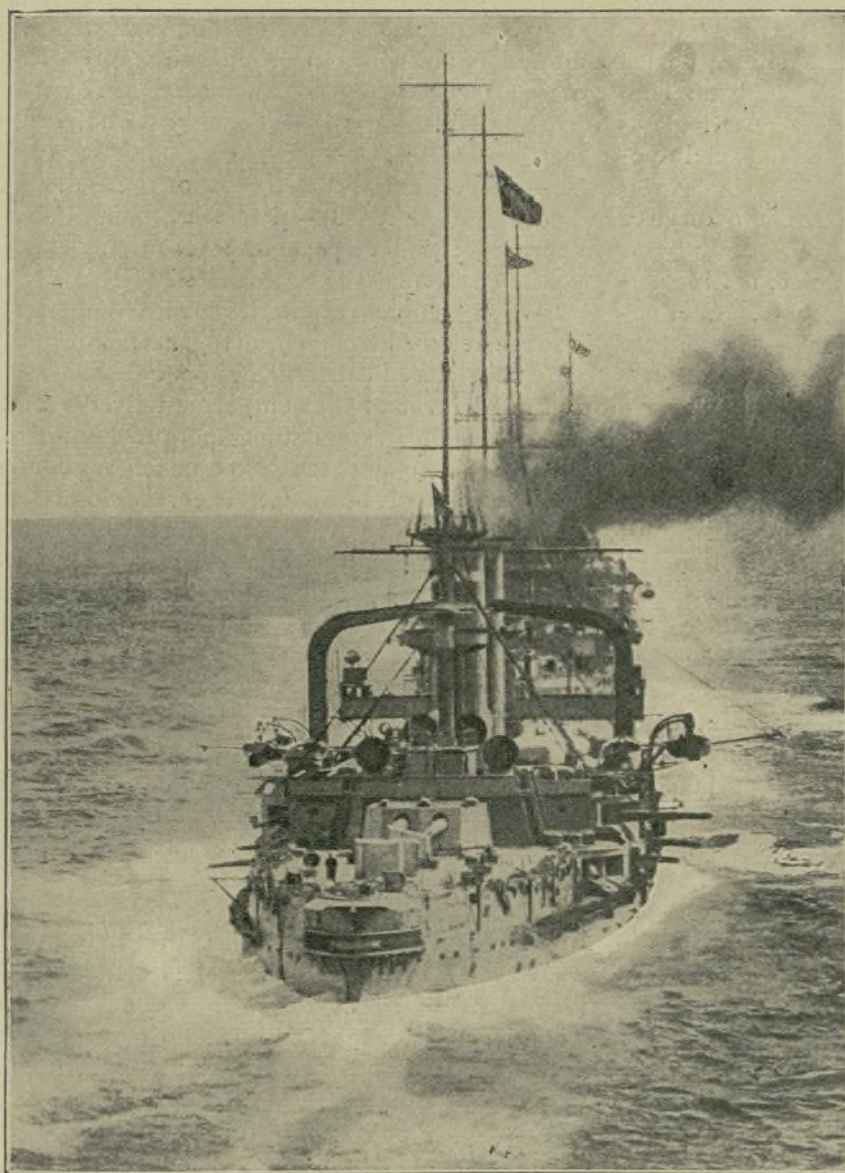
con Austria, no por la recuperación de Serbia y Bulgaria, sino por el avance de los austro-húngaros!

Si éstos llegaran al mar Negro o si, en su defecto, Rumanía se engrandecía a expensas de Rusia, no habría mejor muralla contra el peligro moscovita. ¡Todo, antes que los rusos se apoderen de Constantinopla!

Mientras pueda, Turquía peleará, cualesquiera

condición de que se apoye en el Mediterráneo y en el Bósforo en alguien lo bastante fuerte para guardarle las espaldas.

De aquí la enorme trascendencia de la intervención de Turquía en el conflicto. Al cabo de cuatro siglos, los cerebros otomanos vuelven a pensar en Asia, y se plantea así el pavoroso problema de la organización política de aquel vasto pedazo del planeta, origen de los progresos religiosos, culturales y generales que hoy gobiernan al mundo.



El acorazado británico *Triumph*, echado á pique en los Dardanelos

que sean los contratiempos que padezca. Cuando no pueda sostenerse en los Dardanelos y las costas de Siria, se volverá hacia el E. y acentuará su acción en Persia y contra el Indostán. Ni dinero, ni cañones, ni municiones le faltarán en tanto esté abierta la libre comunicación con Austria y Alemania. Es y será un factor de primer orden para la solución de la guerra. Sólo una rápida victoria de Inglaterra podrá contener el desequilibrio profundo que se producirá en Asia, el día en que Turquía se decida a ser nación esencialmente asiática, y Alemania ha hecho ver a la Sublime Puerta lo que la Gran Bretaña, con su indisputable habilidad, le apartó de la vista: que Turquía no puede esperar nada en Europa, pero se le ofrece un risueño porvenir en Asia, a

si dijéramos de dientes afuera; por dentro, la procesión continúa como siempre, sin la menor alteración.

(El señor B).—Don Subrio, cuando se abriga prejuicios, habla la pasión y las cosas no se aprecian tal como son. V. está obcecado, y en hablándose de Inglaterra se descompone V.

—Los prejuicios son fruto del sentimiento, y yo dejo éste a un lado. Me basta hacer el uso debido de los ojos y de los oídos, para ver y oír; Vds. llaman apasionado a quien no quiere cerrar los primeros y taponar los segundos. Se dejan embaucar por el higuí de las libertades y el derecho, y entre tanto les echan bonitamente la zancadilla sus ídolos, y cuando les ven en tierra se mojan de Vds., por inocentes, cándidos y pueriles.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El enano de la venta

(El señor A).—No podrá ya V. decir, don Subrio, que Inglaterra mira con desprecio al mundo.

—Sí, ha descendido de su pedestal y se codea con los vulgares mortales.

(El señor B).—¿Puede haber mejor prueba de su democracia y libertad?

—Al fin y al cabo no hace más que seguir, accidental y temporalmente, la conducta de todos los pueblos de la tierra; aunque de mentirijillas.

(El señor B).—¿Dudará V. de la buena fe de la poderosa Albión?

—¿Cómo he de dudar, si no he creído nunca en ella?

(El señor A).—Pero ¿no la ve V. tratar como iguales a las potencias más débiles, y la llaneza y hasta humildad que pone en sus relaciones internacionales?

—Es verdad que ha abierto un paréntesis en su «espléndido aislamiento», de costas afuera, como

(El señor B).—Que yo sepa, nadie me ha engañado.

—V. no lo sabe, pero yo sí.

(El señor B).—Pase que se induzca a error a uno, dos o mil individuos; pero cuando tantos millones de seres han abrazado la causa británica...

—Más fácil es engañar a un millón de personas que a tres. ¿Ignoraba V. acaso este axioma fundamental del arte de gobernar... a la inglesa?

(El señor A).—No se puede discutir con V., don Subrio. Por ventura ¿las colonias y dominios británicos no se han puesto en masa al lado de la metrópoli? ¿No es bastante elocuente este hecho?

—¡Elocuentísimo! Patentiza la habilidad de los gobernantes imperiales y el arte con que han sabido persuadir a las colonias de que los intereses ingleses son intereses generales y comunes de todo el Imperio.

(El señor B).—¿Va V. a dirigir por ello cargos a Inglaterra?

—Desde el punto de vista británico, no. Inglaterra me causa admiración, envidia, entusiasmo, poniéndome en el caso de ser hijo de aquel suelo; pero si me considero español, francés o chino, mis ideas y sentimientos toman un camino opuesto y llego a una conclusión muy diferente.

(El señor A).—Ganas de hablar, que tiene V. No ya las colonias, sino Francia, Rusia, Bélgica, Serbia, Portugal, Estados Unidos, Italia, Rumania...estoy por decir que todo el mundo...apoyan a la Gran Bretaña; no será porque Inglaterra gobierne al orbe.

—Pues, si señor, por eso es. El mar protege a Inglaterra contra sus enemigos armados, pero le presta aún otro servicio mejor: oculta sus flaquezas y debilidades, vela sus defectos, la substrahe al examen minucioso y continuo del resto de la humanidad—que no son los viajeros y negociantes—y deja paso a los rayos de luz que de vez en cuando brotan de allí, como de todas partes. Por eso Inglaterra es, sin disputa, el país de Europa menos conocido. Su prensa tiene buen cuidado de pregonar a los cuatro vientos las faltas y taras de todas las naciones, y ocultar pudorosamente las propias; y como el extranjero que llega a Inglaterra, sigue siendo a los veinte años de residir allí tan extranjero como el primer día...deduzca V. la consecuencia.

(El señor B).—No son nuestros tiempos los más apropiados para que ninguna nación logre famas y reputaciones que no merece.

—Bien se demuestra con Alemania, bárbara, salvaje, cruel, tiránica, militarizada, inculta... ¿no es verdad?

(El señor B).—No hablamos ahora de Alemania, sino de Inglaterra.

—¿Quiere V. una prueba de lo que es Inglaterra?

(El señor B).—Con mil amores; a condición de que la base V. en hechos positivos.

—¿Tiene interés la Gran Bretaña y hace cuanto puede para que unas naciones tras otras vayan entrando en liza contra Alemania?

(El señor A).—En defensa de aquellos sagrados principios, cuya enumeración le pone a V. tan nervioso.

—Muchas gracias, por no haber pronunciado sus nombres. ¿Les parece a Vds. bien que los franceses, a la voz de la libre y adelantada Inglaterra, marchen

en apretado haz a los campos de batalla, y que se sacrifique en holocausto a los sacrosantos ideales toda la población masculina, desde los diecisiete a los cincuenta años?

(Los señores A y B).—¡Si, señor! La humanidad sin ideales, merecería desaparecer.

—También, que los rusos hagan lo mismo; y los belgas y los serbios y los italianos y los rumanos y los holandeses y los norteamericanos y los... ¿no es verdad?

(Los señores A y B).—¡Verdad es!

—De suerte, que, al toque de llamada de Asquith, Grey y Kitchener, todos los hombres válidos del mundo han de correr a derramar su sangre y exponerse a las balas y a los sables alemanes...

(Los señores A y B).—¡Todos, y si hubiera más, más!

—¡Todos, no! ¡Todos menos los ingleses!

(Los señores A y B).—¡Por Dios, don Subrio, es demasiado! ¿Son de papel los soldados ingleses que pelean en Francia y los Dardanelos?

—Son víctimas voluntarias de otro higuí, dorado y substancioso. Pero ¿porqué Inglaterra, que proclama que falta a su deber la nación que no se lanza contra Alemania, la que empuja al universo mundo sin compasión y sin lástima, porque los intereses británicos están amenazados, no manda sus hombres a la guerra? ¿porqué no decreta el servicio obligatorio? De suerte que el italiano y el rumano y el japonés, antes quienes se agita un pedazo de territorio para cubrir las apariencias han de sacrificarse por Inglaterra, y los ingleses no?

SUBRIO ESCÁPULA

MOSKÚ EN TIEMPO DE GUERRA

En el suplemento ruso del *Times* se inserta el siguiente interesante artículo de uno de sus corresponsales en Moskú:

«Hace algunos años, con ocasión de mi primera visita a Rusia, un amigo ruso a quien encontré en París, me dió el siguiente consejo: «Acuérdese usted de ir a Moskú y no a Petersburgo, si desea conocer cómo piensa y cómo obra el pueblo ruso». En esta guerra, Moskú sigue siendo el corazón del pueblo ruso, y todo aquel que quiera comprender lo que piensa el pueblo sobre el actual conflicto debe visitar Moskú.

La antigua capital está lejos, ciertamente, del teatro de la guerra, pero bajo los muros del Kremlin, aún impregnados con las tradiciones de 1812, palpita el espíritu que anima al soldado ruso y que ha de llevarle a la victoria. Los Gobiernos pueden declarar la guerra, pero el éxito depende del pueblo; y el combatiente ruso pertenece esencialmente al pueblo.

De todas las impresiones que he recibido en los tres primeros meses de la guerra, la que me ha quedado más grabada es la tranquilidad y estóica dignidad, semejante a la anglo-sajona, con que el pueblo aguarda, no el resultado de la guerra, sino la victoria. Declaro que no lo esperaba, y que las manifestaciones bulliciosas realizadas durante los primeros días de la guerra al pie del monumento a Skobelev, parecieron confirmar mis temores. Pero

de pronto todo cambió. Los manifestantes desaparecieron de las calles. Sin un murmullo de protesta, la ciudad más aficionada a las bebidas que hay en Europa quedó transformada en un templo de sobriedad, y comprendimos que cuando Rusia podía vencerse a sí misma en una noche, le sería posible conseguir cuanto se propusiera. Una noche de agosto vi desfilar un regimiento que se dirigía a la frontera. No fueron los soldados lo que me impresionó, aunque marcharan como sólo los soldados rusos saben hacerlo. Fué el pueblo que se estrujaba en las calles. Casi todo él era de las clases más pobres: mujiks, pequeños tenderos y obreros con sus mujeres. No aplaudieron, a diferencia de lo que hubiera hecho un inglés. Pero a medida que las tropas desfilaban, cada cual alzaba su cabeza y una viva mirada resplandecía en sus ojos.

La impasibilidad es el rasgo característico de la vida de la capital. No hay señales de jingoismo ni manifestaciones patrioterías, y los comerciantes, convencidos de que los mercaderes alemanes les han arrebatado los negocios durante muchos años, trabajan con redoblada energía. Si no fuera por la llegada de heridos y de algún grupo de prisioneros, parecería que no nos encontrábamos en guerra. Las calles no están más animadas ni más vacías que antes, y si alguna noche la multitud se agrupa ante las ventanas de la *Ruskoe Slovo* para leer algún despacho, no es menos verdad que toma con la misma calma la noticia de la toma de Lemberg que la derrota de Samsonov, como si comprendiera que aun no ha llegado la hora de entusiasmarse.

La prensa ha tomado la misma actitud. Desde el primer día de la guerra, la nota dominante ha sido el optimismo, no de aquel tan confiado que padece y rechaza la idea de la derrota, sino el apoyado en el espíritu de sacrificio que prevalece sobre el espíritu de la sangre y el hierro. Hasta las caricaturas, duras y punzantes, rara vez son insultantes y denigrantes. Una de las cosas que más cautivan en Rusia es la ausencia de la arrogancia que se observa en Alemania, y durante el actual conflicto Moskú se ha abstenido de entonar ninguno de los cantos de guerra del tipo jingo.

Los teatros y museos se dedican casi sin excepción a representaciones patrióticas, pero sin que se pretenda empuñar la fuerza de Alemania o alimentar exageradas confianzas.

Con todo esto, no quiero decir que los rusos han desterrado la emoción de sus corazones; no han hecho más que refrenarla. Acostumbrados por largos años de tribulación a la amargura de la derrota, el ruso se da perfecta cuenta de que está de nuevo sometido al juicio del mundo. Pero esta vez no dispondrá de su cosecha hasta que haya recogido la última espiga.

Si esta calma, determinación y fe inquebrantable me parecen las principales características del pueblo de Moskú en estas circunstancias, no incurriré, sin embargo, en el error de generalizarlas en absoluto. La guerra ha producido tipos diferentes en el pueblo: el que sospecha de los hechos más insignificantes; el sabihondo, que critica los planes del ejército y de la marina; el idealista, que tan pronto cae en la mayor desesperación como se agita en un delirio de alegría; pero la verdad es que el

hombre de la calle, el verdadero pueblo, es el que predomina y que todos los demás tipos están en minoría insignificante. El estudiante, el soldado, el campesino, el diplomático, el obrero, esto es, el verdadero y genuino ruso, poseen la filosofía del fatalismo resignado, y están preparados para todas las eventualidades, incluso para perder la vida en holocausto de la patria».

LAS FLOTAS BRITÁNICA Y ALEMANA

Sus pérdidas. Su fuerza actual

Incluyendo los barcos terminados antes de 1º de junio del presente año, las listas de la escuadra británica comprenden los siguientes barcos de combate: dreadnoughts, acorazados de línea, cruceros de batalla y cruceros acorazados; las demás unidades influyen escasamente en las batallas decisivas o de las flotas de alta mar.

INGLATERRA

Dreadnoughts

Agincourt (28.000 toneladas); Dreadnought (22.500); Bellorophon (22.000); Superb (19.000); Temeraire (22.000); Collingwood (23.400); Sain Vicent (23.400); Vanguard (19.600); Neptune (20.200); Colossus (20.300); Hercules (20.300); Orion (23.000); Monarch (23.000); Thunderer (23.000); Conqueror (23.000); King George V (27.000); Centurion (27.000); Ajax (23.400); Audacious (23.400); Iron Duke (28.000); Malborough (28.000); Benbow (25.400); Queen Elizabeth (29.000); Warspite (29.000); Emperor of India (25.400); Erin (23.400); Delhi (28.000); Barhan (29.000); Valiant (29.000);

Total: 29 unidades, con 794.700 toneladas.

Bajas: Thunderer y Audacious: 46.400 toneladas.

Fuerza actual en dreadnoughts: 27 unidades, con 748.300 toneladas.

Acorazados de línea

Africa (16.600); Agamemnon (19.000); Albemarle (14.200); Albion (13.150); Britannia (16.600); Bulwark (15.250); Cesar (15.150); Canopus (13.150); Commonwealth (17.800); Cornwallis (14.200); Dominion (17.800); Duncan (14.200); Exmouth (14.200); Formidable (15.250); Glory (13.150); Goliath (13.150); Hannibal (15.150); Hibernia (16.600); Hindustan (17.800); Illustrious (15.150); Implacable (15.260); Irresistible (15.250); Jupiter (15.150); King Edward VII (17.800); London (15.250); Lord Nelson (19.000); Magnificent (15.150); Majestic (15.150); Mars (15.150); Ocean (13.150); Prince George (15.150); Prince of Wales (15.250); Queen (15.250); Bussel (15.200); Swiftsure (12.000); Triumph (12.000); Venerable (15.250); Vengeance (13.150); Victorious (15.150); Zealandia (16.600).

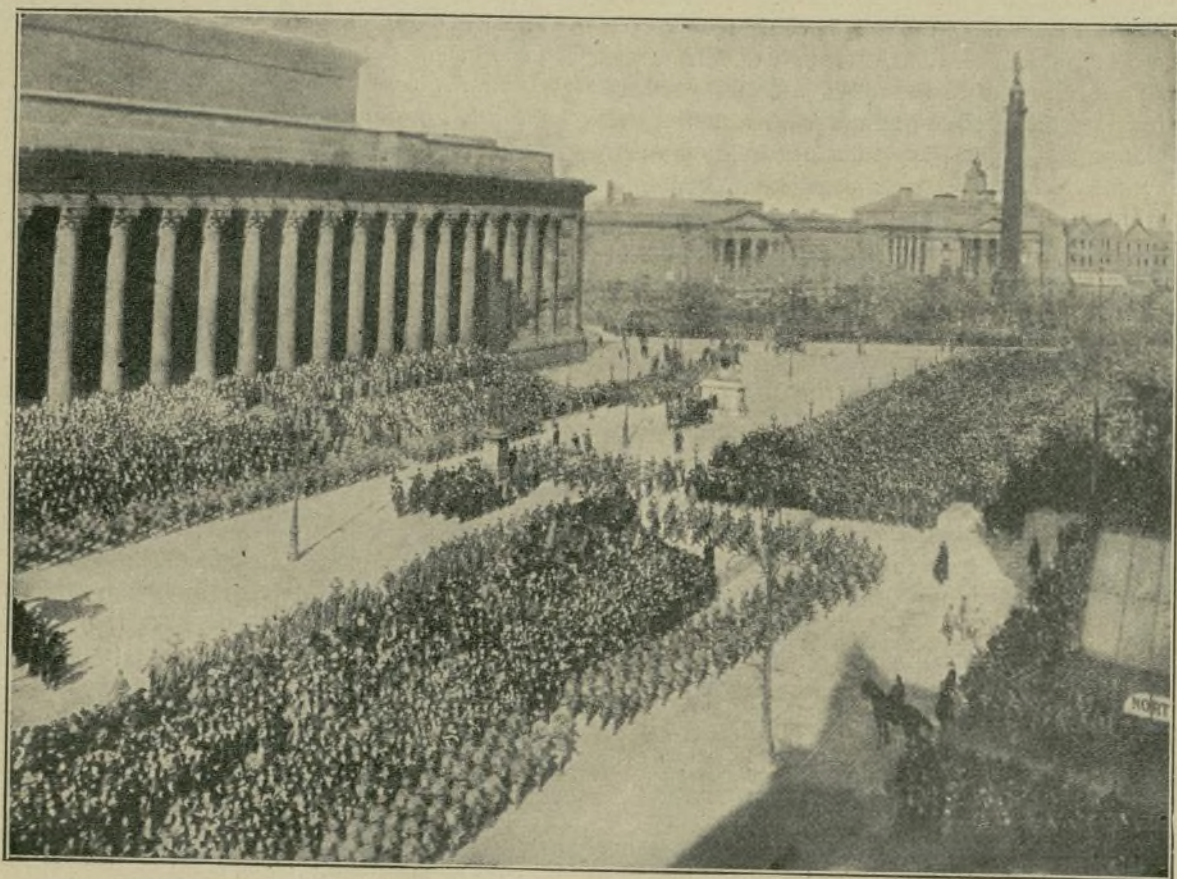
Total: 40 unidades, con 607.760 toneladas.

Bajas: Bulwark, Exmouth, Formidable, Goliath, Irresistible, Lord Nelson, Ocean, Vengeance, Triumph, Majestic: 145.550 toneladas.

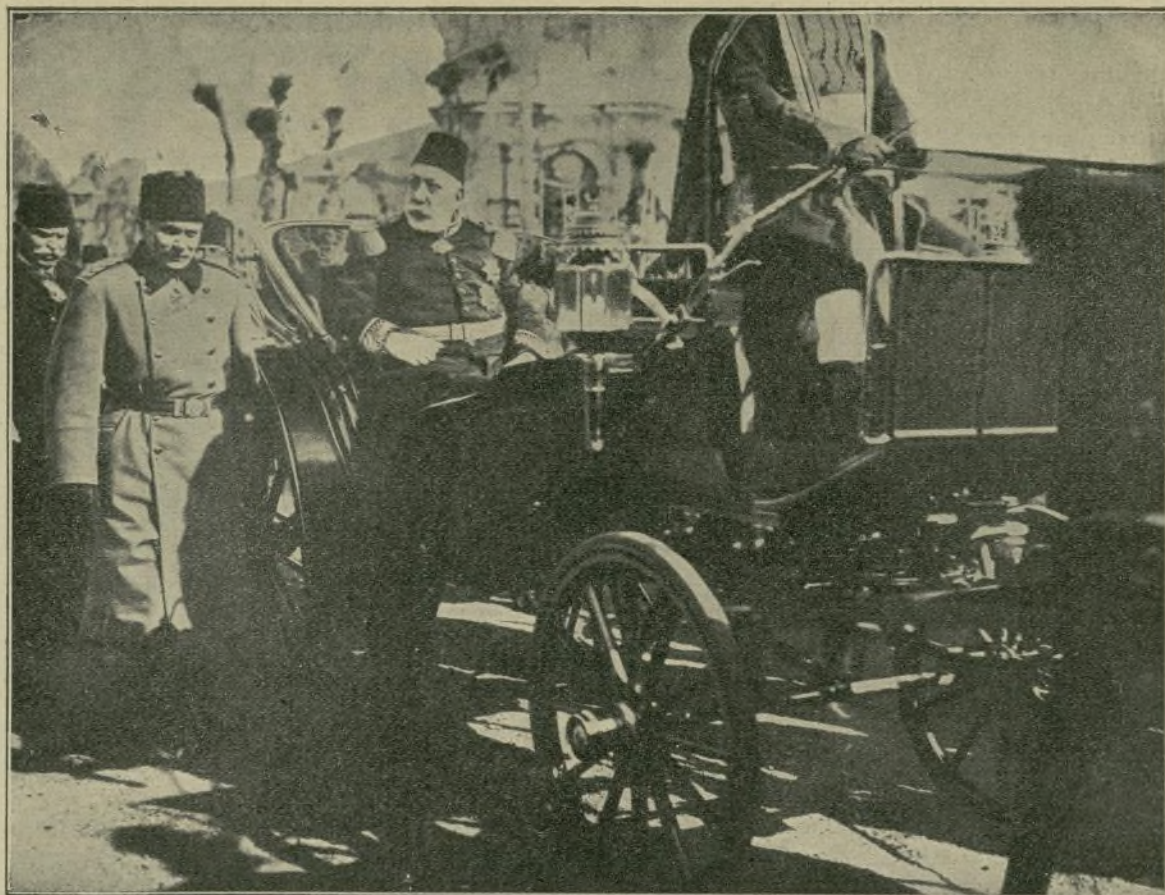
Fuerza actual en acorazados de línea: 30 unidades, con 462.210 toneladas.



Las autoridades alemanas comprobando en una población belga, que no la han abandonado los jóvenes para incorporarse al ejército del rey Alberto



El ministro de la guerra británico Lord Kitchener, presenciando un desfile de tropas ante el pórtico de San Jorge en Liverpool



El Sultán de Turquía dirigiéndose á la mezquita principal de Constantinopla

*Cruceros de batalla (dreadnoughts) y cruceros
acorazados*

Aboukir (12.200); Achilles (13.750); Antrim (11.000); Argyll (11.000); Australia (19.400); Bacchante (21.000); Berwick (9.950); Black Prince (13.750); Carnarvon (11.000); Cochrane (13.750); Cornwallis (9.950); Cressy (12.200); Cumberland (9.950); Defence (14.800); Devonshire (11.000); Donegal (9.950); Drake (14.300); Duke of Edinburgh (13.750); Essex (9.950); Euryalus (12.200); Good Hope (14.300); Hampshire (11.000); Hogue (12.200); Indefatigable (19.050); Indomitable (17.600); Inflexible (20.300); Invincible (20.300); Kent (9.950); King Alfred (14.300); Lancaster (9.950); Leviathan (14.300); Lion (30.300); Minotaur (14.800); Monmouth (9.950); Natal (13.750); New Zealand (19.100); Princess Royal (26.800); Queen Mary (30.300); Roxborough (1.100); Shannon (14.800); Suffolk (9.950); Sutlej (9.950); Tiger (2.900); Warrior (13.750).

Total: 44 unidades; con 655.200 toneladas.

Bajas: Aboukir, Cressy, Good Hope, Hogue, Inflexible, Monmouth, Tiger y Warrior, con 134.900 toneladas.

Fuerza actual en cruceros: de batalla y acorazados: 36 unidades con 520.300 toneladas.

Fuerza actual de la flota británica de combate: 93 unidades con 1.730.810 toneladas.

Barcos perdidos: 20 unidades, con 326.850 toneladas, o sea algo menos de la quinta parte de la fuerza primitiva.

ALEMANIA

serin; König Albert; Prinzregent; Luitpold; Seydlitz; Von der Thann; Moltke; Derflinger; Lutzow. Total 17 unidades.

Cruceros acorazados y acorazados de línea

Acorazados de línea: 22 unidades.

Cruceros, de batalla y acorazados: 23 unidades.

Bajas: Blücher, New York, Goeben (en Turquía), Schanhorst, Gneisenau, y otro cuyo nombre no se conoce. Total, 6.

Fuerza actual de la flota alemana de combate: 56 unidades.

Barcos perdidos: 6, o sea algo menos de la décima parte de la fuerza primitiva.

Al comenzar la guerra, la fuerza naval de Inglaterra estaba en la relación de 11 a 6 con la alemana. En la actualidad, la relación es de 9.5 a 6.

Hay motivos fundados para creer que los ingleses han perdido el Ajax y el Hampshire, y los alemanes un crucero de batalla y un crucero acorazado. La relación de fuerzas, no experimentará variación sensible.

En otras categorías de unidades, la comparación es la siguiente (1º de enero 1915):

Cruceros protegidos: Inglaterra, 59; Alemania 37.

Cruceros sin protección y cruceros auxiliares: Inglaterra, 36, Alemania, 18. En la lista británica figuran los grandes vapores de la compañía Cunard, entre ellos el Lusitania.

mente numerosos, tienen, con respecto al público, un carácter parecido al de los choques y encuentros entre las avanzadas de los dos bandos: tantear al adversario y reconocer sus fuerzas y disposiciones, para obrar después; de la misma manera, ha de prepararse a la opinión y satisfacer su curiosidad, diciéndole poco o nada de lo verdaderamente interesante; es un principio de la política de la guerra, que ningún ejército deja de aplicar.

Tengo a la vista los periódicos extranjeros de las tres primeras semanas de la guerra, y no puedo menos de maravillarme de su información, tan copiosa como apartada de la realidad; fué punto menos que imposible que el desconcierto no se apoderara del espíritu más equilibrado. Ahora puede muy bien repetirse el mismo caso, y toda prudencia será poca para acoger las noticias que lleguen del nuevo teatro de la guerra, en particular si dan cuenta de grandes avances y notables victorias; no se llega a éstas sin algunos choques preparatorios y reconocimientos, traslaciones de tropas, etc., sobre todo lo cual guardan los beligerantes el secreto más impenetrable. Cuando se empiecen a citar pueblos, pasos de montañas, posiciones fortificadas y, en general, puntos importantes, se alzarán la punta del velo del misterio; antes, no.

II.—La concordancia de efectos y la de esfuerzos

Alemania y Austria-Hungría combaten en tres frentes, separados entre sí por distancias enormes; las reservas, los abastecimientos y los servicios de retaguardia han de moverse en otras tres direcciones divergentes.

Tal como está hoy la situación militar, el centro de gravedad del frente ruso se encuentra en Polonia, el de los franco-belgas, entre Soissons y Roye, y el de los italianos en el Véneto. De aquí que no quepa concordancia de efectos, y que el concierto entre los cuarteles generales se reduzca a la concordancia de esfuerzos.

Si los italianos se apoderasen del Trentino y avanzasen victoriosamente en el Tirol, a la vez que los franceses ocuparan la alta Alsacia y cruzaran el Rhin, la concordancia de efectos se haría sentir en dónde es más eficaz: en el territorio enemigo. De la misma manera, sería posible, aunque de un modo más relativo, suponiendo a los italianos triunfantes en el Friul, la Carniola y la Dalmacia septentrional, a la vez que los serbios entrasen en Bosnia y los rusos en Hungría; pero estamos muy lejos de que esas operaciones entren en la esfera de la realidad.

De consiguiente, la armonía entre los cuarteles generales de los aliados se ha de reducir a que las ofensivas sean simultáneas, toda vez que los efectos de una sola de ellas que resulte victoriosa, repercutirían inmediatamente en los demás teatros. Entre los rusos y los franco-ingleses, demasiado separados los unos de los otros, no cabía esa comunidad de efectos, mucho menos dirigiendo los primeros su principal acción contra Austria-Hungría, y contra Alemania los segundos. La entrada en línea de Italia, entre unos y otros, simplifica el problema, toda vez que si la ofensiva se dirige hacia el N., Alemania tendrá que atender a un nuevo peligro directo,

y si se pronuncia hacia el E., será Austria la que se encuentre en situación difícil.

A cubierto Inglaterra de una invasión, el plan de campaña anglo-francés podía ser, y era hasta cierto punto, único: la dirección correspondía a los franceses. Sin embargo, los planes del general Joffre han tropezado más de una vez con el pie forzado de tener que guardar con preferencia las costas del canal de la Mancha. No acontecía lo mismo con Rusia; la unidad era imposible, como lo es la de las operaciones en Polonia con las del Cáucaso o los Dardanelos. No creo necesario esforzarme en demostrarlo.

Italia, por la situación geográfica especial de su frontera, que tiene la constante amenaza del Trentino y el Tirol, debe gozar, para el desenvolvimiento de su plan de campaña, de mucha independencia e iniciativa. Si se sometiera a las conveniencias inmediatas de sus aliados, acaso resultara perjudicada. Ella es, por el contrario, la que ha de dar la señal con espontaneidad y sin atender a otra cosa que a sus propios intereses, y toca a Francia y Rusia cooperar en la obra común, respondiendo a las invitaciones de su aliada. De donde se deduce que, por ahora y en tanto la guerra no presente otro cariz, el primer puesto en la dirección de las operaciones en lo que atañe a la conveniencia general de los cuatro aliados y al beneficio común, está reservado a Italia. Esto no es óbice a que en Francia y Rusia se emprendan ataques violentos y se inicien avances con vigor, para contribuir a favorecer los libres movimientos del ejército italiano. No han de ser, sin embargo, tales operaciones auxiliares muy empeñadas, porque restarían fuerzas que han de hacer falta el día de la ofensiva general.

Digamos, en resumen, que a pesar de haberse aumentado tanto el frente de batalla con la intervención de Italia, los aliados no pueden pensar en la concordancia de efectos, sino meramente en la de esfuerzos, y que la iniciativa para acometerlos y llevarlos a cabo, incumbe a Italia. Esto, desde el punto de vista militar. En otros órdenes de ideas, tal vez se llegaría a la conclusión de que la dirección general de la guerra ha de continuar en manos de la Gran Bretaña.

III.—La aparición de las picas en el ejército ruso

Refiriéndose a los últimos combates en los Cárpatos, algunos corresponsales en Austria dijeron que una parte de las tropas rusas estaba armada con palos, a cuya punta se habían fijado bayonetas; añadían, que varios cuerpos rusos dotados de tan primitivos medios de guerra, se habían lanzado al ataque, con el resultado desastroso, sobre todo en prisioneros, que era de esperar.

No me hice eco de esta versión, a pesar de que están ocurriendo en esta guerra hechos estupendos, que cualquiera reputara fantásticos hace apenas un año.

Pero en el parte oficial alemán del 21 de mayo, se declara que en los combates al E. de Jaroslau cayeron prisioneros algunos soldados rusos armados, no con fusiles, sino con picas y mazas. No es posible, pues, poner en duda la veracidad de la primera parte de la afirmación de los corresponsales.

¿Ha de interpretarse este hecho como testimonio irrefutable de que Rusia carece del armamento necesario para su ejército? A mi juicio, no. Extraordinarias han sido las pérdidas en material de guerra que ha tenido Rusia; las cuatro inmensas derrotas que ha sufrido en Prusia Oriental, Polonia y Galizia, que por sí solas han puesto en manos del vencedor cerca de 600.000 prisioneros, representan, por la forma de retirada desordenada o huída en que terminaron, una pérdida mínima de dos millones de fusiles. Hay que aumentar a este número los inutilizados, los extraviados, los abandonados en las demás batallas y combates, dando un total que debe exceder de los tres millones. La baja es importante, inmensa, pero en Rusia había armamento bastante para todo el ejército de primera línea y la primera reserva, de suerte que puede disponer, por lo menos, de otros tres o cuatro millones de fusiles. A este número hay que aumentar el de fusiles anticuados, a los que se acudiría antes que a las picas, en caso de necesidad, por escasa que fuera la dotación de municiones correspondiente a dichas armas de viejo sistema.

Que Rusia está atravesando una grave crisis en la cuestión de material de guerra, de artillería en primer término, es indudable; con todo, más grave es la crisis del municionamiento. Pero de ésto a deducir que algunos cuerpos combatientes han sido armados con picas, por falta de fusiles, media un abismo. El mismo que existiría entre la realidad y la creencia de que los alemanes envían al frente de batalla soldados desarmados.

A ciertos contingentes de la landsturm alemana, en efecto, destinados a los trabajos de fortificación de segunda línea, arreglos de caminos y vías férreas, construcción de puentes y de obras diversas, no se les dota de fusiles, y varios de ellos no reciben otra prenda de uniforme que el gorro. Esto no quiere decir que en Alemania falten fusiles ni vestuario, sino, simplemente, que se les reserva y emplea para los casos necesarios, evitándose deterioros y gastos inútiles. Una causa parecida debe ser la de la aparición de las picas en el ejército ruso.

Apenas fué roto el frente moscovita del Dunajec, el gran duque resolvió organizar, a todo evento, una fuerte posición defensiva en la línea del San, apoyada por Przemyśl, y desde los primeros días de mayo se dijo en los partes rusos que el ejército del Czar emprendería una contraofensiva partiendo de dicha línea. La retirada, sin embargo, fué tan precipitada, bajo la presión de las incansables tropas de Mackensen, que el III ejército ruso y parte del VIII quedaron destruidos, y los restos llegaron al San debilitados y desmoralizados. Lejos de contraatacar, los vencidos tuvieron que continuar la retirada; los pasos del río fueron forzados al N. y al S. de Przemyśl, y como supremo recurso debieron ser empleadas las fuerzas, desprovistas de armamento, que en las dos semanas anteriores se ocupaban en las labores de atrincheramiento del San, cryéndose a salvo de todo peligro y confiando en que el enemigo no avanzaría tanto.

De modo que, a mi juicio, de la intervención de las picas en las últimas operaciones no hay que deducir que Rusia carece ya de fusiles para sus tropas, sino una comprobación de lo espantoso de la de-

rrota y de la imprevista y rápida energía con que los austro-alemanes, a quienes se creía extenuados, pasaron al E. del San y prosiguieron sus ataques. Las tropas vencidas huyeron, y las ocupadas en trabajos de fortificación tuvieron que hacer frente al enemigo con los recursos que buenamente tenían a mano. Una cosa análoga sucedería en el teatro occidental, si los aliados arrollaran a los alemanes, los pusieran en fuga, y avanzaran como una tromba, internándose 40 o 50 kilómetros en Bélgica, sin dar tiempo al enemigo para llamar y reunir reservas.

IV.—La campaña en Galizia

La ruptura del centro ruso en el Dunajec, fué inmediatamente seguida por el envolvimiento de las dos alas. La derecha, destruida en parte, se replegó a lo largo del Vístula y, cuando ya los alemanes habían cruzado el Visloka, se arrojó, con algunas tropas de refresco que se le incorporaron, contra los cuerpos de observación que para proteger su flanco izquierdo puso el general Mackensen en el sector de Zavichost. El combate fué muy violento y terminó con el retroceso de los rusos, atacados al mismo tiempo en la región de Kielce. El ala izquierda rusa, atacada también desde los Cárpatos, fué casi enteramente destruida, y las cortas fracciones que escaparon al desastre huyeron a toda prisa hacia Przemyśl.

Todo el III ejército ruso y parte del VIII quedaron deshechos. El resto del último y una gran fracción del que cubría los pasos centrales de los Cárpatos, hasta al N. del de Użok, fueron batidos por los austriacos. Sólo disponía el gran duque de otro ejército y dos o tres cuerpos de ejército más, a la sazón empeñados contra la línea del Pruth, en la frontera de la Bukovina; debilitó este último frente, y la masa principal de las tropas aun no seriamente empeñadas, con las pocas de reserva que a toda prisa se pudo reunir, fueron llevadas al San con el propósito de contener la ofensiva enemiga.

De esta suerte, después de tres semanas de incessantes marchas y combates, los ejércitos victoriosos austro-alemanes, se encontraron ante una línea naturalmente fuerte, cuyo centro es Przemyśl, bien atrincherada, cubierta por tropas que todavía no habían sido batidas seriamente. A su debido tiempo expuso las enormes dificultades con que tropezaría el general Mackensen para continuar su ofensiva contra el nuevo adversario que iba tomando posiciones en el San, y dije que si aquel caudillo no contaba con fuerzas descansadas en número suficiente, se impondría una segunda campaña para acabar de dar el golpe de gracia a los ejércitos moskovitas de Galizia. Todas las probabilidades eran de que al llegar al San sobrevendría una pausa más o menos larga.

Sin embargo, no ha sido así. Las posiciones rusas del San fueron atacadas por el O. y por el N. con la misma energía que lo fueran antes las del Dunajec. Los alemanes, apoyados por el IV ejército austriaco, tomaron las primeras posiciones al O. de Przemyśl, forzaron el paso del río en varios puntos, por el N., en sangrientas batallas y, sin dejar de marchar hacia el N. y el E., se rebatieron hacia el S. E., iniciando el cerco de Przemyśl. Jaroslau, muy prote-

gida por obras de campaña, fué tomada por asalto, y un pueblo tras otro—es innecesario citarlos—están siendo reconquistados. Al S. de aquella plaza, los austro-alemanes pasaron también el San al S. para cooperar en las operaciones de Mackensen. En la larga lucha allí empeñada, han menudeado los incidentes, ya favorables al uno, ya al otro de los dos adversarios, pero en definitiva la situación se presenta cada día más ventajosa para los austro-alemanes. Cuanta mayor sea la resistencia que opongan los rusos, tanto más rápida y desordenada será su retirada, si al fin la victoria es de los germanos.

Cualquiera que sea el resultado definitivo de estas batallas, la campaña iniciada el 1.º de mayo y proseguida con un vigor extraordinario, acredita las altas dotes del general Mackensen y su ejemplar previsión. Pudo—erróneamente, como saben mis lectores—atribuirse a la mayor capacidad de transporte de los ferrocarriles austro-alemanes y a su inmensa superioridad en artillería pesada la ruptura de la línea rusa del Dunajec, o sea el éxito inicial. La causa verdadera hay que buscarla siempre en el espíritu de las tropas y en la capacidad del mando, auxiliadas por otros factores secundarios. Pero una vez los alemanes en los llanos y colinas de Galizia, cada paso que daban empeoraba su situación y mejoraba la de sus adversarios, porque éstos iban destruyendo los caminos y se replegaban en direcciones convergentes hacia una posición central; a pesar de esto, la superioridad moral alcanzada en las jornadas del 1 al 5 de mayo se ha mantenido incólume. El mérito más sobresaliente, con todo, reside en el arte exquisito con que el general von Mackensen supo ir reservando y relevando sus tropas, para disponer siempre de las masas necesarias para ir venciendo la resistencia enemiga a medida que se presentara. No de otro modo hubiera sido posible tomar por asalto las posiciones del N. y N. E. de Przemyśl, guarnecidas por tropas prácticamente intactas, cubiertas por excelentes obras de fortificación.

Obrando de esta manera se conseguira o no reconquistar toda la Galizia—que eso el tiempo lo dirá,—pero se ha logrado ya un objetivo militar de primer orden: inmovilizar a los rusos en Galizia, obligar al mando supremo enemigo a no distraer su atención de este teatro, y dar libertad al mariscal Hindenburg para que prosiga sus operaciones en Polonia y el N. O. de Rusia. Con todo, la maniobra tiene un alcance más amplio y revela una concepción estratégica de grandes vuelos. Recordemos antes que la Galizia y la Polonia meridional forman un solo teatro de la guerra.

Según esto, el plan alemán, tal como se desprende de la situación, consiste en romper el centro ruso, arrojando a un lado a todas las fuerzas enemigas que hay en la Galizia occidental, y al otro las que cubren los confines de Polonia. Si este objetivo se realiza, quedará al descubierto la línea del medio Vistula, y una nueva amenaza, bastante más temible que la que pende sobre ella desde diciembre, caerá sobre Varsovia. Y como la conquista de esta plaza equivaldría a poner al alto mando alemán en condiciones de reducir a la mitad las fuerzas que operan contra Rusia, pudiendo ser empleadas las otras contra Francia o Italia, los rusos tendrán que acudir de nuevo a Polonia, aunque se resientan las operacio-

nes en el N. O. y en el Dniester. De aquí que las batallas del San están llamadas a tener una trascendencia enorme; si terminan a gusto de los alemanes, habremos llegado a la última fase, la decisiva, de la campaña.

El rompimiento del centro, concretado en Przemyśl, se persigue a la vez por el N. y por el S., pero el avance que más han de temer los rusos, por sus gravísimas consecuencias, es el encomendado al II ejército austriaco y al austro-alemán del general von Linsingen, que tratan de penetrar hacia Strij, entre Przemyśl y las marismas del Dniester. Si este ataque es coronado por el éxito, toda la izquierda rusa quedará envuelta, tendrá cortadas sus comunicaciones con Polonia por las tropas de Mackensen y será atacada desde el Pruth por el ejército austro-hungaro-alemán del general Pflanzen. Por este mismo motivo, la masa principal de los germanos es la que se encuentra al S. E. de Przemyśl. No obstante, si los rusos no consiguen detener al ejército de Mackensen, el resultado será el mismo, aunque, por sobrevenir más tarde, les dará tiempo para tomar una segunda posición a retaguardia.

Esta campaña de Galizia, gracias al rápido avance de von Mackensen y al error del gran duque de no retirar oportunamente toda su ala izquierda al N. del Dniester, puede tener consecuencias estratégicas incalculables. Así lo ha comprendido el comandante en jefe ruso, que ha acumulado en el sector más peligroso, entre Przemyśl y el Dniester, casi todas las tropas de que aun podía echar mano. Desde Radymno a Strij, no luchan menos de dos millones de combatientes.

Dándose cuenta del peligro que les amenazaba, los rusos llamaron con anterioridad fuerzas de refresco a este teatro, y en la noche del 27 de mayo, el tercer cuerpo de ejército del Cáucaso cayó sobre las tropas de observación que guardaban el flanco izquierdo austro-alemán, se apoderó por asalto de Sieniava (véanse los mapas de las páginas 254 del tomo I y 196 del tomo II y el mapa número 32), y arrojó al enemigo a la orilla izquierda del San, haciéndole 7.000 prisioneros y tomándole 17 cañones.

Este descalabro, sin embargo, no fué bastante a detener la ofensiva austro-alemana, que ha continuado al N. y al S. de Przemyśl. Por el N., el atacante ha pasado a la derecha del Visznia, afluente del San, y por el S. ha llegado hasta las fuentes de este río, unos 30 kms. de Sambor. De esto parece deducirse que la masa rusa arrojada contra el flanco izquierdo no es lo suficiente fuerte para modificar la situación; y lo confirma el hecho de que en los días siguientes no han desembocado de Sieniava los rusos.

Se va estrechando, pues, el cerco de Przemyśl; sólo queda abierta una faja de terreno de unos 20 kilómetros de anchura; diez a cada lado de la vía férrea de Lemberg.

En las batallas reñidas en este teatro desde el 25 al 30 de mayo, han caído en manos de los austro-alemanes 34.000 prisioneros, 89 cañones y 120 ametralladoras.

V.—La campaña en la frontera italiana

Los partes italianos relativos a las operaciones en la región montañosa y en las llanuras del Friul, son

prolijos y detallados; su extensión no corresponde a la importancia de los hechos. Hasta ahora no ha habido más que escaramuzas entre las avanzadas, débiles cañoneos contra los fuertes barreras del Trentino y la ocupación de algunos pueblos abiertos en el valle de Isonzo. Los austriacos permanecen en toda la frontera a la expectativa, más que a la defensiva.

A las cuarenta y ocho horas de decretada la movilización alemana, en el pasado agosto, fué invadida Bélgica y atacada Lieja. Cuatro días después de declarada la guerra, los franceses entraron en Alsacia. El 9 de agosto tuvieron lugar combates de importancia y comenzó la invasión de Lorena por los franceses. En resumen, entre la declaración de guerra y las operaciones activas transcurrió menos tiempo en la frontera franco-alemana, que el que ahora ha pasado sin ningún choque serio en el Trentino y el Véneto. ¿Estaban acaso mejor preparados los franceses y alemanes que lo están en este momento los italianos?

Lentamente, pero día tras día, Italia se ha ido disponiendo a la guerra desde primero de enero. El 24 de mayo, día de la declaración de guerra, es indudable que el ejército italiano de primera línea estaba totalmente movilizado y en plena concentración. Movilizados los austriacos de larga fecha, su concentración no se encontraba, de seguro, más atrasada que la de sus adversarios. De donde se infiere que son otros los motivos de la prudencia de ambos beligerantes.

No pudiendo los austriacos, ni aun sostenidos por los alemanes, llevar sus fuerzas principales contra Italia, han de inspirarse en la economía de ellas para empeñarlas en donde realmente hagan falta y del modo que mejor responda a los objetivos militares. Es lógico, pues, que aguarden el despliegue enemigo para saber, con exacto conocimiento de la situación, hacia dónde y con qué fuerzas les conviene dirigir su acción. Esta pasividad aparente no excluye ni mucho menos la idea de ofensiva, sino que tiende a pronunciar esta ofensiva con el mínimo indispensable de fuerzas.

Los italianos, por su parte, no deben aventurarse en un avance por el Friul en dirección a Trieste, en tanto no tengan la seguridad de que su flanco está seguro, no sólo contra los ataques desde los Alpes Julianos y Cárnicos, sino en particular contra los procedentes del Trentino. Por numeroso que sea su ejército, no lo es tanto que permita tomar una ofensiva a fondo en toda la frontera. Y el tomar el Trentino como objetivo principal, obliga antes a cubrir las entradas del Véneto y la Lombardía. En una campaña puramente austro-italiana, es probable que los italianos se mantuvieran a la defensiva, por lo menos en el primer período de la guerra; pero en la presente, y habiendo partido la iniciativa de Italia, ha de admitirse que esta nación ha planeado una campaña ofensiva y se dispone a ejecutarla. Cuando sus intenciones hayan sido reveladas por los hechos, los austro-alemanes, a su vez, desenvolverán aquel de sus planes que mejor se acomode a la situación. De todo esto, deduzco que Italia, conociendo las dificultades que ha de vencer y lo mucho que el terreno favorece a su adversario, obra con suma cautela y no quiere aventurarse ni arriesgar la suerte

de la guerra a unas pocas batallas; va a obrar metódicamente, paso a paso, sin prisas y pensando siempre en los riesgos que la amenazan.

El Trentino, la Lombardía y el Véneto han sido teatro de múltiples campañas en todas las épocas de la historia. Sobre aquellos campos resplandecieron los primeros destellos del genio de Napoleón, que a la sazón contaba veinticinco años; allí, más recientemente, fueron vencidos los austriacos por los franceses y derrotados repetidamente los italianos por los austriacos. La historia militar ofrece, pues, múltiples ejemplos del valor e importancia de cada río, de cada posición y de cada plaza. Pero en esta ocasión, no son las enseñanzas de otros tiempos las que importan, ni han de repetirse las célebres maniobras de los viejos capitanes. Las masas de Napoleón se han multiplicado por 40, y el servicio obligatorio y los progresos de la técnica han impreso caracteres nuevos a las guerras de nuestros días. De aquí que omita los recuerdos de campañas de otros siglos y prescinda deliberadamente de citar antecedentes y hechos que no han de repetirse. Puede decirse que no hay población italiana al N. del Po, cuyo nombre no vaya unido al de una batalla; algunas de aquellas añadirán probablemente ahora nuevos floures a su sangrienta reputación, pero la campaña, en conjunto, no tendrá apenas puntos de contacto con las de los siglos anteriores; será nueva, original, y no conviene bastardearla mezclando su desarrollo con historias añejas.

VI.— El ataque a las costas italianas, el 25 de mayo

No por sus resultados materiales, necesariamente escasos, sino por otros conceptos que daré a conocer conviene puntualizar la forma cómo se llevó a cabo, el día 25 de mayo, el ataque a las costas italianas por los barcos austriacos.

Al amanecer de aquel día, una flotilla de aeroplanos y un dirigible bombardeó el arsenal, la estación de la vía férrea, los depósitos de petróleo y los cobertizos del parque de aviación de Venecia.

Porto Corsini, que viene a ser el puerto de Rávena, fué atacado por el crucero *Novara*, un destroyer y un torpedero. Rimini, más al S., fué cañoneado por el crucero acorazado *Sankt*. Mayores fueron los daños causados en Sinigaglia por el acorazado *Zrinyi*. Una división de la flota, apoyada por varios aeroplanos, rompió el fuego contra Ancona, cuya guarnición estaba desprevenida, y lo sostuvo más de dos horas. El crucero *Helgoland* y tres destroyers bombardearon Vieste y Manfredonia, cerca de Barleta, y echaron a pique a un destroyer italiano.

En el despliegue que la escuadra austriaca tuvo que efectuar para dejar sentir su acción en una longitud de litoral enemigo de 650 kilómetros, no tropezó con más barcos italianos que con tres que navegaban a media noche entre Ancona y Pola y que viraron a toda prisa, y dos grandes acorazados que aparecieron al N. de Barleta. La escuadra italiana, por consiguiente, no se encontraba en el Adriático al declararse la guerra. Esto lo sabía el almirante Hans, jefe de la austro-húngara, y dispuso la operación reseñada.

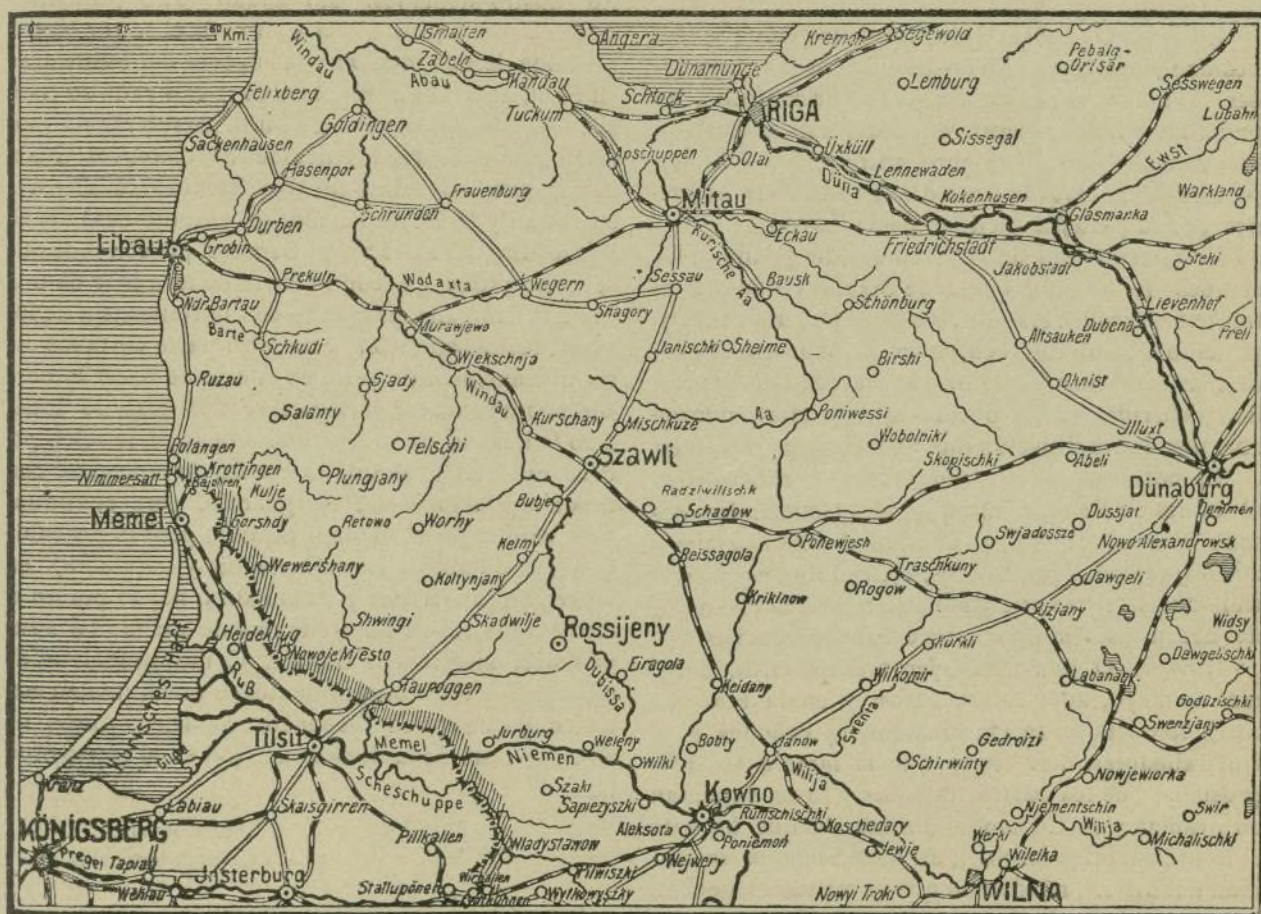
No era solamente el objeto de los austriacos cau-

sar daños materiales y contribuir a que las poblaciones del litoral italiano se dieran cuenta de lo que significaba la guerra: había un objetivo más militar.

El único gran puerto estratégico, buena base naval, que los italianos poseen en el Adriático, es Venecia, aunque su importancia no llega a la de Tarento, en el golfo de este nombre. Porto Corsini, Ancona y Barleta son estaciones de barcos ligeros, las cuales ampliaba últimamente el Gobierno italiano para darles capacidad mayor, en previsión de que Venecia quedara inutilizada. En este concepto, las operaciones del 25 de mayo se enderezaron ante todo a explorar estos trabajos y tratar de destruirlos; lo poco guardadas que estaban aquellas bases auxiliares da a comprender que los puntos de apoyo de la

quistados, es imposible saber a qué atenerse. Lo más probable es que los combates sean indecisos, y que ni aliados ni turcos hayan obtenido ninguna victoria. Por las listas de bajas que publica la prensa inglesa, se sabe que el contingente australiano y nuevo-zelandés ha perdido ya más de 10,000 hombres. Las bajas anglo-francesas no deben ser mucho menores, como tampoco las turcas si es cierto que los otomanos no desisten de su actitud ofensiva.

Por ahora, lo único positivo que puede afirmarse es que Krithia, que dista 7 kilómetros del punto en que desembarcaron los anglo-franceses, no ha sido aun tomada; es, pues, probable que el ejército expedicionario no haya avanzado más de tres o cuatro kilómetros.



N. O. DE RUSIA

escuadra italiana se encuentran desde Barleta al S., guardando el canal de Otranto.

Independientemente de esta exploración, se trató de obtener un éxito moral y afirmar la libre navegación por el Adriático. Es difícil saber si los austriacos consiguieron plenamente sus objetivos, pero lo más probable es que sólo los obtuvieran a medias. Mientras Venecia se sostenga, serán arriesgados los movimientos de la flota austriaca.

VII.—Las operaciones en los Dardanelos

Continúa siendo tan oscura como hace un mes la situación en los Dardanelos.

Los aliados insisten en que llevan la mejor parte, y oficialmente manifiestan que se apoderan de trincheras y reductos y causan espantosas pérdidas a los enemigos. Como no precisan donde tienen lugar los combates, ni los nombres de los ríos y pueblos con-

Los desastres navales padecidos por los aliados han motivado la retirada de las grandes unidades a los puertos de las islas inmediatas, según noticias de origen griego, quedando encomendada a los barcos pequeños y de mucho andar la misión de asegurar las comunicaciones del ejército expedicionario. Esta resolución, de confirmarse, no implica una desventaja para las tropas de tierra, antes al contrario, da a entender que ellas se han internado lo bastante para no temer ser arrojadas al mar y operan ya a tal distancia de la costa, que el fuego de los acorazados no les sirve de apoyo. Si no concurrieran esas circunstancias, puede tenerse por seguro que los acorazados continuarían en el estrecho, por grandes que fueran los peligros á que estuvieran expuestos. Los cañones de los cruceros protegidos y de los destroyers, bastan para alejar de las costas a los turcos, en las alas del cuerpo expedicionario.

Un submarino alemán ha echado a pique en los

Dardanelos al acorazado británico *Majestic*, que fué construido en 1896, desplazaba 15,000 toneladas y estaba armado con cuatro cañones de 30.5 centímetros, doce de 15, dieciseis de 7.6, doce de 4.7 y cinco tubos de lanzar,

También ha sido gravemente averiado, por igual causa, el acorazado de la misma nacionalidad *Agamemnon* (tal vez el *Nelson*), mucho más moderno, de 1907, de 16,500 toneladas y armado con cuatro cañones de 30.5 y diez de 23.4, aparte de otros de pequeño calibre; se cree que las averías podrán ser reparadas, aunque el barco perderá muchas de sus condiciones marineras.

VIII.—La situación el 3 de junio

En el N. O. de Rusia, los combates, aunque tácticamente se desarrollan favorablemente a los alemanes, no han modificado la situación de conjunto. No pudiendo los rusos hacer retroceder a su adversario, han iniciado un movimiento entre Libau y Shavli para coger de revés la línea del Dubisa. Los alemanes, por su parte, se inclinan hacia Kovno.

En Galizia, han sido contenidos, hasta ahora, los ataques de los rusos al O. de Sieniava y contra el frente de Jaroslav. Ha sido roto el frente ruso en Strij, posición que ha caído en poder de los austro-alemanes. Este hecho es el de mayor gravedad de cuantos han ocurrido en los últimos quince días, porque abre una nueva situación muy peligrosa para los rusos.

El botín de guerra conquistado por los austro-alemanes en Polonia meridional y Galizia, durante todo el mes de mayo, comprende 863 oficiales y 268,869 soldados prisioneros, 251 cañones y 576 ametralladoras, cifras que ponen de relieve la extensión del desastre sufrido por los ejércitos moscovitas.

En el N. O. de Rusia cayeron prisioneros, en el mes de mayo, unos 25,000 rusos; y en la toma de Strij, 60 oficiales, 12,175 soldados, 14 cañones y 35 ametralladoras. Por cierto que la famosa Guardia prusiana, que los partes franceses y rusos suponían en Francia y en Curlandia, ha sido la que ha roto el frente enemigo en Strij; así lo revela el parte alemán del día 1.º, añadiendo que la manda el general bávaro conde Bothmer.

En el frente occidental, los franceses se han apoderado de Ablain, defendido por tres compañías alemanas, y los alemanes continúan acercando sus posiciones a Iprés, por el N., E. y S.

En las fronteras austro-italianas, no han comenzado todavía las operaciones en grande escala. Los italianos tantean y reconocen la región de las montañas y avanzan con suma prudencia en el valle del Isonzo; han ocupado Ala, en el Trentino; los fuertes austriacos que barrean el paso por el Adige, están más al N. de aquel punto.

Londres ha sido bombardeado por los zeppelines alemanes.

En el momento de disponerme a firmar esta *crónica*, recibo la noticia de la toma de Przemysl por los austro-alemanes, sin añadir otro pormenor que el haber ejecutado el asalto por el sector Norte. La caída de esta fortaleza y la ruptura del frente ruso en Strij, abren la última fase de la campaña de Galizia, iniciada y proseguida con una perseverancia y un tesón que recuerdan los métodos napoleónicos. Cuando los austro-alemanes no han detenido su ofensiva en el San y han completado su empuje desde el O. por los ataques entre Strij y Sambor, prueba es de que se conceptúan en condiciones de terminar de una vez esta campaña, acabando con la resistencia de los rusos. Rotos, envueltos y en gran parte cortados estos últimos, han de verse en el caso de hacer esfuerzos sobrehumanos para escapar del desastre total; sólo la llegada de numerosas tropas de refresco podría infundirles alguna esperanza de replegarse con orden a posiciones de retaguardia, para continuar una campaña más o menos activa; pero es probable que las operaciones en Curlandia y los ataques en la región de Kielce y en el Bzura, hayan puesto al alto mando ruso en el triste caso de abandonar a sus valientes ejércitos de Galizia. Como quiera, es de esperar que los acontecimientos se precipiten en este teatro, y que sus consecuencias se dejen sentir, no ya en el resto de la línea rusa, sino en el teatro occidental.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

3 de junio 1915.